

nocia á los Césares la soberanía del mundo. Se dice que Federico Barbaroja, paseándose con dos legistas en el campo de Roncaglia, les preguntó si creían que fuese el señor del universo; uno de ellos respondió sin vacilar que sí; el otro puso una restricción: le concedía el disfrute, pero no la propiedad; no se dice que Federico prefiriese la respuesta del primero (1). Cualquiera que sea el valor de la anécdota, lo cierto es que el derecho de los emperadores de Alemania á la monarquía universal llegó á ser artículo de fe para los jurisperitos, habituados á venerar las leyes romanas como un Evangelio. Bartolo declaró heréticos á los que no creyeran que el emperador fuese señor del mundo (2), y Alciato se atrevió á sostener en Francia que el rey de los Franceses era súbdito del emperador (3). El emperador, dice la Glosa (4), lleva tres coronas para significar que es señor de tres mundos; la forma misma de la corona imperial revela estas inmensas pretensiones; un escritor del siglo XII dice que el círculo de oro, que tiene en medio figura el mundo, cuyo dueño es el emperador (5), y que la manzana de oro que lleva en la mano tiene la misma significación (6).

Sin embargo, aquel señor del mundo tenía á su lado reyes cuyo poder parecía prestarse poco al reconocimiento de un soberano. ¿Cómo conciliar las monarquías particulares con la universal del emperador? Con una serie de ficciones se sale de apuros; el emperador crea los reyes, que gobiernan las provincias del gran imperio; la cancillería imperial los denomina *reyes provinciales* (7). De hecho, la soberanía del emperador se reducía á una superioridad

(1) OTTO MORENA, *De rebus Laudensib.*, ad a. 1158 (MURATORI, *Scriptores rer. Italicar.*, t. VI, p. 1018).

(2) BARTOLUS, *in l. 24, D. XLIX, 15*: «Si quis diceret dominum imperatorem non esse dominum et monarcham totius orbis, esset hereticus, quia diceret contra determinationem Ecclesie et contra textum S. Evangelii, dum dixit: Exiit edictum a Cesare Augusto, ut describeretur universus orbis, et ita etiam recognovit Christus imperatorem et dominum.»

(3) Esta opinión de Alciato le valió una ruda crítica de BODIN (*Repubblica*, lib. 1): «Que es un error ó ingratitud afectada, teniendo en cuenta el salario que habia recibido en Francia por enseñar la verdad; á no ser que quisiera favorecer al emperador, que se lo llevó á Paris implicándole el salario.»

(4) *Sobre el código, tit. de indict.*

(5) *Honorii Augustodunensis Gemma animi* (del siglo XII): «Corona imperatoris est circulus orbis. Portat ergo Augustus coronam quia declarat se regere mundi monarchiam» (*Bibliotheca maxima Petriani*, t. XX, p. 1075).

(6) En la coronación de Guilleramo de Holanda (1249), el papalino, poniendo la bola de oro en la mano del nuevo rey, le dijo: «Accipe globum sphericum ut omnes terre nationes romano imperio subicias.» Véanse más pruebas en PFEFFINGER, tomo I, p. 377.

(7) PUTTERRI, *De publicam medii ævi*, p. 182, nota d.

de rango que conservó hasta en los tiempos modernos (1). Tales eran los derechos, ó, por mejor decir, las pretensiones del emperador respecto de los reyes; nada más quimérico, ciertamente, que esta dominación universal; sin embargo, es preciso no juzgarla despues de ver en lo que ha venido á parar; habia en este imperio, que apenas nos parecería hoy serio, un principio de poder, de grandeza y de conquista. La autoridad del emperador, jefe temporal de la cristiandad, alcanzaba á todos los pueblos de Occidente; y como protector de la Iglesia, tenía el deber de extenderla á las naciones paganas; heredero de los Césares, encontraba en esta herencia títulos y casi derechos; pero principalmente el ideal de una monarquía universal. Las clases ilustradas, poetas, cronistas y teólogos, aceptaban el ideal, que tendía á pasar á la conciencia general como la forma que la unidad debía revestir. ¿Qué más necesitaba el imperio de Alemania para continuar la obra de Roma? Un hombre de genio y circunstancias favorables.

### III.

No han faltado grandes hombres al imperio de Alemania: Oton, que conquistó para el reino alemán la corona imperial, es comparado por sus contemporáneos á Carlo-Magno (2); celebran su reinado como la edad de oro (3), y la posteridad ha dado tanto al restaurador como al fundador del imperio el título de *Grande* (4). Al advenimiento de Oton, el Occidente parecía amenazado de una nueva invasión de Bárbaros; los Húngaros devastaban la Alemania, la Galia y la Italia; la disolución del imperio carlovingio entregaba la Europa á la anarquía; Alemania estaba desgarrada por las divisiones de los príncipes, y el pontificado degradado por la dominación de los cortesanos. Oton salvó la civilización cristiana conteniendo la invasión de

(1) Gregorio IX escribía á Federico II: «Coronaris a Summo Pontifice Corona Imperii, que te omnibus mundi potestatibus anteponeit, ut gloria et honore super omnes mundi principes sublimeris» (PFEFFINGER, t. I, p. 373, 417).

(2) THIETMAR, *Chron.*, II, 28 (PERTZ, III, 357): «Post Carolum Magnum regalem cathedram nunquam patrie rector atque defensor possedit.»

(3) THIETMAR, *Chron.*, II, 28.—C. J. GOZZIENSIS, c. XLII (PERTZ, IV, 349): «Otto Cesar, omnium retro preconia superans.»

(4) *Chronicon Balderici*, c. XXIII (BOUQUET, VIII, 231): «Otto Imperator sanctissimus, tutor filissimus, norma justitie, cultor devotus Ecclesie, cultor pacis, amator religionis.»

(5) SISMONDI, *Historia de la decadencia del Imperio romano*, c. XXIII.—*Hist. de las repúblicas italianas*, t. I, c. II.

los Húngaros; fiel á la misión que Carlo-Magno habia impuesto á la monarquía germánica, pasó los Alpes para arrancar la santa sede de la violencia de los partidos que disponían del trono de San Pedro y del escándalo de la corrupción que le envilecía, restableciendo el pontificado y el imperio. Oton fundó la unidad de la Edad Media; pero quería fundarla en su provecho; el emperador pensó dominar á los papas y concentrar el poder soberano en su cabeza. El matrimonio de su hijo con una princesa griega debía unir los imperios de Oriente y Occidente y reconstituir en cierto modo la grandeza de la antigua Roma. Oton III, nacido de este matrimonio, hijo de una Griega y nieto de un Italiano, mezclaba en su sangre el orgullo del pueblo rey y la vanidad de la raza helénica; pensó seriamente en restablecer el imperio romano (1); usaba el ceremonial de la corte bizantina (2); demostraba hácia Roma una gran predilección, hasta el punto de ofender á sus fieles Sajones (3), y escogía sus amigos y consejeros entre los Romanos, pensando que podrían mejor que los Germanos ayudarle á resucitar lo pasado (4).

Un cronista dice que Oton III deseó cosas tan grandes, que tocaban en lo imposible; la pompa imperial seducía á los contemporáneos, y no era más que una vana imitación de las formas del Bajo Imperio. Al ver los señores y los condes de la milicia imperial, los protopatrios, vestuarios y protovestuarios, los logotetos y los archilogotetos, se creeria encontrarse en Constantinopla; nada faltaba, ni áun lo ridículo de la vanidad griega; veíase en la corte de Alemania un *prefecto naval*, aunque el emperador no poseía ningun barco; y este aparato, como dice un historiador alemán, parecía más una mascarada que una monarquía universal (5).

Los Otones transmitieron sus proyectos de am-

(1) *Gesta Episcoporum Cameracensium*, I, 114 (PERTZ, VII, 451): «Otto III magnum quiddam, immo impossibile cogitans, virtutem romani imperii ad potentiam veterum regum attollere conabatur.»

(2) THIETMAR, *Chron.*, IV, 29 (PERTZ, III, 731): «Imperator antiquam Romanorum consuetudinem jam ex parte magna delatam suis cupiens renovare temporibus, multa faciebat que diversi diverse sentiebant. Solus ad mensam quasi semicirculus factam, loco cæteris eminentiori, sedebat.»

(3) Othon III, en un discurso á los Romanos, dice: «Vosne estis mei Romani? Propter vos quidem meam patriam, propinquos quoque reliqui. Amore vestro meos Saxones et cunctos Theotiscos, sanguinem meum projecit...» (THANGMARI, *Vita Bernardi*, c. XXV, en PERTZ, IV, 770).

(4) *Gesta Episcoporum Cameracensium*, I, 114 (PERTZ, VII, 451).

(5) GIESEBRECHT, *Geschichte der deutschen Kaiserzeit*, tomo I, página 689.

bición á una familia que tenía más aspiraciones aún, pero también más poder. Los Hohenstaufen parecían amenazar al Occidente con una monarquía universal. Federico Barbaroja reunió en sí los derechos de las dos casas rivales, de los Gúelfos y Gibelinos; su canciller, el arzobispo de Colonia, trataba á los reyes con el soberbio desden que un señor á sus inferiores (1). Enrique IV agregó la corona de las dos Sicilias á las de Alemania é Italia; codiciaba el imperio de Constantinopla y el Oriente mismo (2), y quería hacer de la Francia un feudo del imperio (3). Su conducta fué ya la de un señor del mundo, atreviéndose hasta poner la mano sobre un rey; Ricardo, Corazon de Leon, compareció ante una dieta imperial como ante sus jueces naturales (4); no faltaba más que un príncipe cuyo genio estuviese á la altura de estos gigantes proyectos. Federico II, el hombre más extraordinario de la Edad Media, fué llamado al trono de Alemania; ¿por qué fracasó? Los Hohenstaufen cayeron ante el papado unido al espíritu de libertad; el último vástago de aquella arrogante raza murió bajo el hacha del verdugo. El imperio, presa de la anarquía, no se levanta más, y no quedaron á los emperadores romanos más que títulos tan vanos como sus pretensiones.

## SECCION 3.ª

### MISION DEL IMPERIO.

#### I.

Los emperadores perseguían la monarquía universal como un derecho agregado al nombre de Roma; la Iglesia dió su sanción á estas pretensiones, y de los dos poderes que debían regir á la cristiandad, guardó para sí el espiritual y dejó el temporal al emperador. Papas y emperadores esta-

(1) Llamaba al rey de Francia reyzeuelo: «Impudenti scurrilitate verborum consuevit regulum appellare.» (J. SARISBERIENSIS, *Epist.*, 185, p. 489.)

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. II, pág. 568 y siguientes.

(3) Esto es lo que Inocencio III escribió á Felipe-Augusto para apartarle de la alianza de los Hohenstaufen (*Registrum Innocentii de negotio Imperii*, *Epist.*, 61, en la *Coleccion de las cartas de Inocencio III*, de BALUZE, t. 1).

(4) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, tomo II, pág. 532.—ROGER DE HOVEDEN dice que Ricardo rindió homenaje al emperador: «Deposuit se de regno Anglie, et tradidit illud Imperatori sicut unicersorum domino, et investivit inde eum per patulum suum.» (*Annal.*, p. 724, ed. 1601.)



ban bajo la influencia de un error secular; la monarquía universal no es el ideal de la humanidad; en vano el Dante la celebra como el único medio de asegurar la paz y la unidad; la monarquía universal no podría establecer la paz sino por la destrucción completa de la vida individual, y esta paz sería la de la muerte, la paz que los Gésares romanos dieron á los Galos. El ideal de los Gibelinos no era sino un retroceso á un pasado, que había conducido á la Europa al borde del precipicio. En cuanto al ideal cristiano, era contradictorio; la Iglesia reconocía al emperador la soberanía del mundo, pero sólo con el poder temporal subordinado al espiritual, de suerte que el emperador no fuese más que el brazo armado del papa. La soberanía del mundo no se deja limitar de esta manera; el que sea jefe temporal de la cristiandad no reconocerá por mucho tiempo las leyes de jefe espiritual, porque la soberanía es invasora, exclusiva, y no admite rivalidad; por esto el ideal cristiano es un principio de luchas incesantes; la victoria del papa ó del emperador hubiera conducido á la monarquía universal. Los largos combates del sacerdocio y del imperio han salvado, pues, la libertad y el porvenir de Europa. La monarquía universal no es más que una aspiración instintiva hacia la unidad; el género humano también tiende á la unidad; pero la forma de esta unidad está tan lejos de ser la monarquía universal, que todo el trabajo de la Edad Media y de los tiempos modernos se dirige á constituir naciones libres é independientes; solamente sobre esta base puede fundarse la verdadera unidad, pues el ideal á que aspire el hombre debe conciliar la individualidad que constituye la vida con la necesidad de armonía y de paz.

¿Cuál era, pues, la misión del imperio? Prescindamos aquí de las pretensiones, los sistemas y las utopías, y consultemos la historia. Carlo-Magno es coronado por el papa; desde su origen, el imperio tiene una misión religiosa, y el gran emperador propaga el cristianismo por sus victorias, le defiende con sus armas, reforma y constituye la Iglesia, y casi desempeña las funciones del papado (1). La más alta idea que los Carolingios se forjan de su dignidad consiste en ser defensores de la Iglesia. En las disensiones que les dividen olvidan el papel que la Providencia les ha señalado, no pen-

(1) Véase la parte quinta de mis *Estudios*.

sando en la propagación del Evangelio; y en lugar de combatir á los paganos, derraman la sangre de los cristianos en odiosas guerras civiles. Tales son las quejas que los contemporáneos (1) expresan, atribuyendo á este abandono de los intereses divinos la caída de los descendientes de Carlo-Magno (2).

La disolución del imperio precipita la disolución del papado y de la Iglesia, que es presa del bandolerismo y la violencia; las costumbres se corrompen, se olvida la disciplina, y la simonía y el concubinato manchan á los elegidos del Señor. El cristianismo y la civilización terminan si la Iglesia no se reforma y no recobra el puesto que le corresponde en el mundo. ¿De quién emanará esta reforma? La aristocracia episcopal, que presidió á los destinos de la cristiandad hasta el siglo X, está infectada de los vicios de la sociedad bárbara y dependiente de los príncipes y de los señores; es menester que parta de más alto; los papas son reconocidos como sucesores de San Pedro, como órganos divinos de la Iglesia; pero en medio de la anarquía universal, han venido á ser juguete de las facciones políticas que desgarran á Italia; Roma está gobernada por cortesanos coaligados con los duques de Toscana (3); y antes de poder regenerar la Iglesia, la santa sede necesita sacudir este vergonzoso yugo. Hé aquí el fin providencial de las expediciones de Oton I, que merece el nombre de Grande por haber salvado al papado; ¿por qué abandona su reino de Alemania, donde le llaman sus intereses, donde son necesarias su presencia y su acción para restablecer la unidad y la fuerza, donde la conversión de las poblaciones paganas abre ancho campo á la ambición del conquistador? Es que la mano de Dios le conduce donde deben realizarse grandes cosas. Para sustraer al papado á la influencia de las facciones

(1) BRUNON., *Vita S. Adalberti*, c. x (PERTZ, IV, 599): «Vae nostro miserabili aevo! nemo rex studium adhibet, ut convertat paganos... Est, eu pro peccatis! qui persequatur christianum, et nullus prope dominus rerum qui ecclesiam intrare compellat paganos.»

(2) ADEMARI, *Hist.* III, 30 (PERTZ, IV, 129): «Ob hanc causam creditur progenies Caroli reprobata, quia jam diu negligens Dei gratiam. Ecclesiarum potius neglectrix quam erectrix videbatur.»

(3) LUITPRANDI, *Hist.*, II, 13: «Theodora scortum impudens, romanæ civitatis non inviriliter monarchiam obtinebat. Que diras habuit natas, Marotiam atque Theodoram. Marotia ex papa Sergio Johannem qui Romanæ Ecclesiæ obtinuit dignitatem, nefario genuit adulterio, etc.» (PERTZ., t. III, p. 297).

restableció la supremacía del imperio sobre el papado, y los Romanos juraron que no elegirían papa en lo sucesivo sino con el consentimiento del emperador (1); pero apenas muere Oton, se levanta nuevamente el partido toscano, apoyado en la antipatía de Roma contra la dominación extranjera, y la santa sede viene á ser casi el patrimonio de una familia; entonces es cuando se ve á un niño de doce años elevado á la dignidad de vicario de Cristo, y la silla de San Pedro vendida públicamente primero, después dividida entre tres pretendientes. Es preciso una nueva intervención del imperio para librar la Iglesia de aquel escándalo. Enrique III depone á los tres papas y nombra en su lugar un obispo de Alemania (2).

Los emperadores de Alemania llegan á ser lo que era Carlo-Magno, verdaderos jefes de la Iglesia; ellos trabajaban para la propagación del cristianismo, y sus victorias sobre los paganos son á un tiempo conquista para el Evangelio y para la civilización (3). Oton envía misioneros á países lejanos, hasta á los Rusos, sin ninguna ambición personal y con el solo fin de ganar almas para Cristo. Los emperadores se ocupan de la reforma del clero, y en cierto modo son los precursores de Gregorio VII. Oton prohíbe el matrimonio á los sacerdotes, bajo pena de deposición, así como recibir mujeres en sus casas y entregarse al juego y á la caza, poniendo la fuerza civil á disposición de la Iglesia para mantener la disciplina (4). Enrique III, de acuerdo con los obispos alemanes, á quienes coloca en la silla de San Pedro, trabaja con celo por destruir la simonía y corregir las costumbres de los clérigos (5); los contemporáneos, y

(1) LUITPRANDI, *De rebus gestis Ottonis*, c. VIII: «Cives firmiter jurantes, nunquam se Papam electuros aut ordinaturos præter consensum atque electionis domini imperatoris Ottonis» (PERTZ, III, 312).

(2) Todas las crónicas atribuyen el principal papel en la deposición de los tres papas y en la elección de Clemente II á Enrique III. *Ann. Wirzburgens.*, ad a. 1046: «Henricus Papas tres, non dignos constitutos, synodallyter deposuit, et Suiggerum Papam constituit» (PERTZ, II, 244).

(3) Los Dinamarqueses, vencidos y convertidos por Oton el Grande, hacían todavía sacrificios humanos (THIETMAR., *Chron.* I, 9; PERTZ, III, 739). Los Eslavos, hollados por la raza germánica, recibieron en compensación los beneficios del cristianismo (ADAM., *Gesta Eccl.*, II, 5 en PERTZ, VII, 307): «Otto Slavos tanta virtute constrinxit ut tributum et christianitatem pro vita simul et patria libenter offerrent victori.»

(4) *Conventus Augustanus* (952) *Leg.* I-4 (PERTZ, *Leg.*, II, 27 y siguientes).—Enrique II dió leyes parecidas (*Leges Papienses* (1022), c. I, II (PERTZ, *Leg.*, II, 563).

(5) PLANK, *Geschichte der christlichen Religionsverfassung*, tomo IV, p. 3 y siguientes.

entre ellos los más religiosos, aplauden esta intervención de los emperadores en la disciplina eclesiástica. Sigeberto de Gembloux dice que la Iglesia no ha sido nunca más feliz que en tiempo de Oton (1). San Damian da gracias á Dios por haber dotado á Enrique de todas las virtudes cristianas (2); los ultramontanos están lejos de asociarse á estos elogios: á sus ojos, es monstruoso que un emperador deponga y nombre papas, y no quieren creer que Oton y Enrique hayan sido inspirados por una piedad verdadera; su protección, según ellos, no es más que una tiranía que viene á parar en una verdadera herejía, en la doctrina protestante que subordina las cosas espirituales al poder temporal (3). Hay en estas recriminaciones contra piadosos emperadores una ignorancia singular ó un orgullo excesivo; y hasta ingratitud hay en acusar á príncipes que han librado á la cristiandad de los mayores escándalos que se han visto nunca en ella.

No quiere esto decir que admitamos nosotros la dominación de los emperadores sobre la Iglesia como regla; la Iglesia no debía estar sometida al Estado en la Edad Media, pues su subordinación no era legítima sino en circunstancias excepcionales. Lo que prueba la incompetencia radical del imperio es que las reformas intentadas por los emperadores no dieron resultado; era menester que la reforma de la Iglesia emanase de la misma Iglesia, y hé aquí por qué los papas no podían ser vasallos de los emperadores. ¿No era la dependencia del episcopado una de las causas principales de la decadencia del cristianismo en el siglo XI? El primer paso hacia la reforma debía ser, pues, la emancipación de la Iglesia de los vínculos que la unían con la sociedad feudal; pero no basta á la Iglesia la libertad para llenar su misión, necesita una autoridad sobre la sociedad civil. Los papeles

(1) SIGEBERTI, *Vita Deoterici*, c. VII (PERTZ, IV, 467): «Jure felicia dixerim Ottonis tempora, cum claris presulibus et sapientibus viris respublica sit reformata, pax ecclesiarum restaurata, honestas religionis reintegrata.»—*Gest. Abbat. Trudonens.* (PERTZ, X, 381): «Primus Otto, ultra omnes fuit christianissimus.»

(2) S. DAMIANI, *Epist.* VII, 2, ad Henric. II: «Immensas laudes Regi Regum Christo referimus, quia sanctitatem et virtutum dona, quæ multis referentibus de regia majestate cognovimus, jam non verbis, sed vivis operibus approbamus.»

(3) BARONIUS, *Annal.* ad a. 1046 (t. XI, p. 150), dice que la extinción de la casa de Sajonia es un castigo divino por sus sacrilegas usurpaciones. Compárese ROHRBACHER, *Historia de la Iglesia católica*, t. III, p. 118-130.



se cambian. Los Otones y los Enriques disponían de la santa sede como si fueran obispados; los Gregorios y los Inocencios van á disponer de los reinos y de los imperios.

Sin embargo, la dominación de los papas no tiene más que una misión pasajera, así como la de los emperadores; si se estableciera de una manera permanente, absorbería el poder civil y llegaría á ser la más opresiva de las teocracias. Es imposible que el emperador se avenga á anularse ante el papa; la ambición del papado se estrella contra otra ambición igualmente invasora. El emperador es el jefe temporal de la cristiandad, heredero de los derechos de los Césares romanos, y se llama señor del mundo; como tal no podría aceptar un soberano en el papa, y estas pretensiones rivales son el principio fatal de una lucha incesante; aquí resplandece la gran misión del imperio; al combatir á los papas, los emperadores combaten por la soberanía del poder civil contra la teocracia; poco importa que sucumban; la lucha no deja de aprovechar á la humanidad, pues impide el establecimiento de una teocracia católica bajo la soberanía del papa, la peor de las monarquías universales, porque mataría el libre pensamiento juntamente con las nacionalidades.

## II.

Tales son los beneficios del imperio, que no estuvieron exentos de males. Un ilustre filósofo siente que los Otones y los Hohenstaufen hayan perseguido la quimera del imperio: en lugar de querer ser los señores del mundo, dice, hubieran debido tratar de dominar la aristocracia de los príncipes que no les dejaba más que una dignidad sin poder. Los reyes de Francia, continúa *Hegel*, concentraron su actividad en su reino; y gracias á ellos, se desarrolló fuerte y poderosa la unidad francesa, mientras que los emperadores de Alemania gastaron su genio y las fuerzas del pueblo alemán (1) en la persecución de un fin que no podían alcanzar, porque la reunión de la Italia al imperio, añade un historiador alemán, es contraria á la naturaleza de las cosas; los hombres no pueden unir lo que Dios mismo ha separado (2). Así es que las expediciones

(1) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 450.

(2) LUDEN, *Allgemeine Geschichte*, t. II, p. 290.

italianas fueron fatales á los vencedores y á los vencidos; mientras los reyes iban á conquistar la corona imperial, Alemania era presa de la anarquía (1), del bandolerismo y de la miseria (2). Italia veía con terror aproximarse á los Bárbaros del Norte; los emperadores iban como enemigos; su presencia se señalaba por la muerte y la carnicería; todo esto es cierto; ¿debemos, pues, unirnos á los Italianos y á los Alemanes para maldecir esta tentativa de monarquía universal como una desgracia, aún para los mismos pueblos á quienes quería hacer señores del mundo?

No creemos que las luchas seculares de Alemania y de Italia no hayan producido para los dos países más que ruinas y sangre; las relaciones de los pueblos, y aún sus hostilidades, son uno de los medios por los cuales la Providencia realiza el progreso de la humanidad; un atractivo invencible empuja á los hombres del Norte hacia las bellas comarcas del Mediodía (3); ¿qué van á buscar en las ricas llanuras de la Lombardia? El sol y los placeres; pero encuentran una civilización más adelantada; la tierra de Roma conserva la herencia de la antigüedad, y comunica el beneficio de su cultura á sus rudos conquistadores. Los obispos que acompañaban á los emperadores volvían á sus hogares cargados de reliquias, pero llevando entre ellas libros (4); así se encuentra unida la antigüedad á los tiempos modernos; Italia está ensangrentada, devastada, hollada por sus bárbaros vencedores; pero sus fuerzas se desarrollan admirablemente; en medio de la lucha rebosa la vida en las repúblicas lombardas. Alemania no tiene razón en quejarse de sus heroicos emperadores; en vano echa de menos la fuerza que da la unidad, pues no es cualidad de su genio; por el contrario, la raza germánica representa el principio de diversidad, de individualidad, y este principio tiene también su valor: él

(1) *Chronica Ursperg.*, ad a. 1116: «Et quia Rex abierat, unusquisque non quod rectum sed quod sibi placitum videbatur, hoc faciebat.»

(2) CONSTANTINI, *Vita adatheronis*, c. xxv (PERTZ, IV, 667): «Tertius Otto... in Romana Urbe totum pene vite sue tempus exegit; unde sic imperii sui regna devastabantur, quo vix subsistere aut vivere ipsis etiam primatibus, pontificibus et majoribus regnorum, facultas esse posset.»

(3) OTHÓN DE FRISINGA llama á la Italia el jardín de las delicias (*deliciarum hortus*. *De gestis Friderici*, II, 13).

(4) *Translatio S. Epiphani*, c. II (PERTZ, IV, 249): «Othwinus... librorum tam divine lectionis quam philosophice fictionis tantam convexit copiam, ut qui illorum penuria inertes ante torpebant otio, frequenti nunc studii caleant negotio.»

ha inmortalizado á la Grecia y ha hecho la grandeza de Alemania; que no se diga que son estériles los laureles recogidos por los Otones y los Hohenstaufen en Italia. Las hazañas de los antepasados y la gloria del nombre germánico resue-

nan todavía hoy en los corazones alemanes, y estos son elementos de nacionalidad y vínculos de unidad que valen tanto como la centralización romana.